

Ciudades futuras, ciudades posibles. A propósito de dos crónicas de Rodolfo Walsh

MARÍA JOSÉ SABO

CONICET - Universidad Nacional de Córdoba

Recibido: 16/4/2017

Aceptado: 29/4/2017

Resumen: El presente artículo se propone una lectura, desglosada en dos momentos analíticos, de las crónicas de Rodolfo Walsh tituladas “El matadero” y “Las carnes salen del frío”, ambas de 1967. En un primer momento, se las aborda como la reescritura del texto canónico *El matadero* de Esteban Echeverría efectuada desde el horizonte ideológico de los años ‘60. Esta operación le permite a Walsh imaginar una ciudad futura y revolucionaria. En un segundo momento, se procura integrar a esta lectura una consideración sobre el carácter archivístico que actualmente revisten estos materiales, en tanto son textos recuperados después de 40 años de ser publicados. Se reflexiona en esta instancia de qué manera la injerencia de lo archivístico reconfigura necesariamente la relación entre el género y las formas de representar la ciudad.

Palabras clave: Rodolfo Walsh, crónica, archivo, ciudad.

Abstract: This article proposes a review, divided in two analytical moments, of Rodolfo Walsh’s chronicles entitled “El matadero” and “Las carnes salen del frío”, both from 1967. First, the idea is to approach them as re-writings, made from the ideological horizon signed by the Revolution, of the canonical nineteenth century Argentine tale *El matadero* by Esteban Echeverría. Those re-writings allows Walsh to imagine a future and revolutionary city. In a second moment, we pretend to integrate the approach into a consideration about the archive nature of the texts, as far as they are recovered forty years before their original publication in order to think about the way in which this “recovered” condition necessarily reshape the relationship between gender and the representational forms of the city.

Key Words. Rodolfo Walsh, chronicle, archive, city.



En los números de septiembre y octubre de 1967, Walsh publica en la revista *Panorama* dos crónicas que pueden ser referidas, para utilizar una expresión que de manera general abarque a ambas, como “crónicas sobre la cuestión de la carne”. La primera de ellas versa sobre el espacio del matadero y se titula “El matadero”; la segunda sobre el puerto y se titula “Las carnes que salen del frío”. Entre estos dos textos el cronista comprende así los puntos cruciales del proceso económico en torno a esta materia prima emblemática en la construcción de un discurso de “lo nacional”: tanto el inicio, cuando las reses llegan del campo para ser faenadas, como el final, cuando la carne es preparada para su exportación a Europa. El presente artículo trabajará con mayor detalle la primera de ellas debido a la condensación de ideas y operaciones de escritura que comporta, abordando la segunda crónica como una profundización de las propuestas ya establecidas en la primera. La hipótesis postula leerlas como una reescritura de *El matadero* de Echeverría efectuada desde la clave revolucionaria de los años ‘60 a partir de la cual Walsh construye la cartografía imaginada de una ciudad por venir en la cual debieran confluír productivamente el suburbio y el centro. Una segunda hipótesis procura leer esta operación de reescritura desde la perspectiva del archivo, considerando la condición de estos textos de haber sido recuperados del olvido 40 años después. El archivo pone en evidencia una práctica cronística en la cual, a la vez que se escribía una ciudad futura, también se presagiaba su ruina. Se propone entonces pensar que la ciudad imaginada por Walsh en los ‘60 se vuelve, en la instancia de su archivación, un resto de escritura cuyo legado resignifica la experiencia de la ciudad y reconfigura necesariamente la relación entre el género y las formas de representarla y asirla.

En este sentido, el artículo trabajará en una primera instancia con el análisis de las crónicas para luego, en su parte final, focalizarse en la cuestión de su archivación.

Walsh, la escritura de la crónica y el archivo

El gesto de reescribir al *El matadero* desde el género de la crónica comporta una carga política que no pasa inadvertida. Por un lado, ésta se hace presente en la operación de inversión e impugnación de las lecturas políticas sedimentadas sobre ese espacio y sobre la práctica misma de la matanza del animal al traducir el mata-

dero a una clave de lectura revolucionaria que le fuera, en principio, impensada. El cronista va hacia el matadero procurando encontrarse con el anudamiento literario y político axial que rigió una tradición de representaciones de la ciudad y, en concomitancia, de ciertos núcleos problemáticos de la nación. Por otro lado, el gesto político se pone de relieve al reescribir un texto central para el canon nacional desde una zona de prácticas escriturales periféricas, es decir, reescribirlo desde la crónica.

Por entonces, y hasta entrados los '80, la crónica fue considerada asiduamente un género menor y ubicado fuera de la "serie literaria", siendo este ordenamiento de las prácticas de escritura (adentro/fuera; canónico/no canónico; serie literaria/serie no literaria) una herramienta de intelección frecuentada por los críticos de estos años, David Viñas entre ellos. Mónica Bernabé (2010) refiere al tratamiento que la crítica daba de estos géneros señalando que "a la hora de evaluar una obra, rara vez la crónica fue considerada una práctica de escritura virtuosa. En general fue leída como prosa menor de escritores cuya maestría sólo podía ser calificada a partir de novelas o poemas o por la profundidad intelectual desplegada en el ensayo de interpretación" (2010: 66). La conciencia de esta "minoridad" del género no le fue ajena a Walsh, y esto se evidencia cuando, escribiendo cuentos por los cuales es reconocido y premiado, en paralelo firma sus primeras incursiones en el articulismo de revistas con el pseudónimo Daniel Hernández, "por pudor o repugnancia" sostiene Daniel Link (2012:51). La escritura de sus primeras notas para *Leoplán*, motivadas por la necesidad económica, lo distraen del trabajo específicamente literario y de su inicial aspiración a "una discreta fama [que] le permita vivir un poco mejor de lo que ha podido hasta entonces" (Link: 13). La tensión entre la escritura de ficción y la escritura para diarios y revistas emerge en Walsh desde sus inicios para luego ser trascendida críticamente por el propio escritor con una nueva forma de comprender y producir de su literatura, reconfigurada ésta a la par de los acontecimientos políticos y sociales por los que Walsh se sintió interpelado en su condición de escritor, intelectual y militante: un trayecto escriturario que finalmente logra desarmar la equivalencia directa entre "literatura" y "ficción" (Link, 2017: 5). Walsh se apropia de los espacios de escritura desdeñados por la tradición libresca y, asimismo, del repertorio de temas propio de esas periferias de la escritura¹, para

¹ Un desdén prontamente advertido por Walsh y señalado con pesadumbre en el prólogo a *Ope-*

emplazar allí su posición de escritor denunciante (Gonzalo Aguilar, 2000) sumergiéndose en ella sin “melancolía por su vida anterior abandonada”, expresa Horario González (2013: 286). Las crónicas que aquí se abordan dejan plasmada, en el propio movimiento del escritor yendo del centro de la ciudad a sus suburbios y hacia un género menor este desplazamiento escriturario y vital de Walsh, un tópico de su obra que ha sido trabajado en profundidad por la crítica (Viñas, Link, Jozami, entre otros).

La relación de Walsh con la crónica, la cual le supuso ir en desmedro de otro tipo de producción identificada más plenamente con “lo literario”², se vincula al valor singular que adquiere el género dentro de los debates sesentistas y setentistas en torno a la escritura: debates atravesados por la cuestión acerca de qué vías tomar para dar cuenta de un compromiso con la revolución. El dilema planteado al intelectual y al escritor fue el de la elección, medianamente excluyente, entre escritura o militancia activa, en momentos históricos decisivos en los cuales se volvió evidente, sostiene José Luis de Diego (2007), que ya “no bastaba entonces con escribir novelas, cuentos o poemas: [era] necesario, además, participar de los debates de la vida social denunciando las situaciones de injusticia [...] colaborando en la construcción del socialismo” (29).

Contra los tiempos demasiado dilatados de escritura de la “obra literaria” y contra los requisitos de estilo, forma, organicidad, etc., impuestos por la tradición libresca, estos otros géneros menores como la crónica, signados por el fragmentarismo y por el diálogo fluido y directo con la coyuntura histórica, absorben entonces las prácticas del “escritor combatiente”. Y aunque la crónica no cae dentro del radio de intereses de la crítica ni de la institución literaria, como sostenía Bernabé

ración masacre: “uno piensa que una historia así, con un muerto que habla, se la van a pelear en las redacciones, [...] que en cualquier momento un diario grande va a mandar una docena de reporteros y fotógrafos como en las películas” (Walsh, 2012: 20).

² Esta tensión entre la escritura “literaria” y la periodística es registrada por Walsh en sus anotaciones personales recogidas en *Ese hombre y otros papeles personales* (1996), trabajo archivístico llevado adelante por Daniel Link. A propósito de ello Juan Pablo Luppi (2016) señala que: “la superposición de velocidades dispares marca tensiones entre oficios literario y periodístico y acción política. La revolución altera el ritmo vital de quien se define por la falta de tiempo y la lentitud ideológica y estética. En 1965 [Walsh] siente que “en la hipótesis de seguir escribiendo, lo que más necesito es una cuota generosa de tiempo”.

(2010), sí posee como ventaja su llegada masiva a un público lector heterogéneo gracias a su circulación en diarios y revistas, contraria a la modalidad de circulación más restringida del libro. Tal es el diálogo que en estos momentos Walsh prioriza como muchos otros escritores y no el que pudiera darse con los circuitos de reconocimiento de la institución literaria, aunque este vínculo no se abandone completamente y siempre quede como relación tensional. La crónica se acompasa de manera idónea a los tiempos urgentes de una escritura puesta al servicio de la causa revolucionaria: en ella no ejercen presión ni escuelas literarias ni tradiciones de estilo. En este sentido, cumple con la condición revolucionaria por excelencia: trabajar sobre una eficacia estética que dé lugar a una eficacia política (Mario Cámara, 2017).

Ángel Rama identificó de forma señera, ya en 1976, en su artículo “Rodolfo Walsh: el conflicto de culturas en la Argentina” la riqueza que los escritos periodísticos de Walsh tendrían para una comprensión más ajustada de la cultura. A través de la revaloración de sus escritos, Rama reclama a la crítica poner más atención a todos los que denomina “géneros de humildes cunas [...] desdeñados por los cultos de la época” para quienes éstos no serían sino “arrabales de la palabra escrita” (Rama, 1976: 293-294). Ampliando esta apreciación de Rama, puede observarse también que la crónica de Walsh va a contracorriente de un régimen de representación que le es contemporáneo; aquel que emplaza la novela del Boom, basado en la resolución simbólica-totalizante de los conflictos reales como señala Idelber Avelar (2000: 22-27). Éste dará al repertorio literario latinoamericano una constelación bien conocida de ciudades que funcionen como micro-cosmos, una imaginería de las ciudades frente al cual Walsh se coloca en las antípodas. Si en estas novelas, como ha señalado la crítica, hay una fetichización del sustrato mítico como mecanismo de reinstauración de lo aurático (Avelar: 22-27)³, en Walsh encontraremos

³ Es preciso, sin embargo, matizar esta lectura sobre la novela del boom, la cual está en consonancia con una corriente fuertemente crítica sobre el realismo mágico y sus implicancias ideológicas emergente en la agenda de debates latinoamericana desde los años '90. En estos debates estuvieron comprometidos desde el Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos hasta críticos de la talla de Mabel Moraña, Nelly Richard, Román de la Campa, Erna Von Der Walde, entre otros. En su estudio *Entre la pluma y el fusil* Claudia Gilman (2003) aporta elementos para matizar esta cuestión y sobre todo, para salir de un esquema de lectura dicotómico, abordando novelas de

el movimiento contrario de descomposición de la clave de lectura telúrica del espacio. La “humilde cuna” del género le permite tomar distancia de las ciudades novelísticas del boom y construir un nuevo espacio proyectado desde la operación de rejerarquización y puesta en diálogo de las bases productivas de la urbe moderna. A la par, Walsh construye una forma de representarla que requiere del desmontaje de las tradiciones literarias heredadas, sofocando así toda posibilidad de alegorizar el espacio en pos de que la re-escritura irradie una consigna política *eficaz* y de peso en el contexto de los años ‘60: la unificación de las dos ciudades históricamente separadas, el encuentro entre “el centro” y “el margen” por medio de la convergencia de la fuerza trabajadora.

La crónica deviene herramienta de combate contra los poderes que mantienen a la ciudad subyugada por diseños urbanos de separación e incomunicación, funcionales a los monopolios financieros y a la explotación de su fuerza trabajadora, los cuales, como señaló Rama, no son ajenos al diseño concéntrico de los *signos* de la ciudad letrada, de cuyo núcleo emana una tradición de escrituras que hacen de la separación entre centros y periferias la base de políticas identitarias de exclusión. Contra esas ficciones Walsh busca relevar la *auténtica* ciudad; aquella reunificada por el lazo del trabajo mancomunado y por la vía de una política revolucionaria. En consonancia con ello, Horacio González (2013) lee en “el sacrificio de la forma” que hace Walsh, es decir, en su decisivo alejamiento de los géneros mayores, la emergencia en su escritura de un “proyecto de justicia” que traspasará incluso los límites de sus proyectos de investigación periodística más reconocidos, logrando capturar así en sus textos “el nido de sierpes que son los poderes del horror, y veces, el horror del poder” (González: 287).

A pesar del valor que las crónicas “El matadero” y “las carnes que salen del frío” tienen, no solo en lo que respecta a la propia escritura de Walsh sino también en relación a una comprensión más cabal de la relación entre la escritura, el tratamiento de los géneros y la política en el contexto de los sesenta y setenta, sin embargo, éstas han sido poco abordadas dentro de la bibliografía crítica de Walsh, la

esos años que se producen por fuera de la matriz del boom y del realismo mágico para plantear otros problemas estéticos y políticos.

cual se ha centrado, en lo que refiere al análisis de su obra periodística, en sus tres grandes investigaciones: *Operación masacre*; *Quién mató a Rosendo* y *Caso Satanowsky*. Esto se debe a que son textos que no fueron desclasificados de fondos documentales y hemerotecas sino recién en el año 2007, gracias al trabajo de archivo realizado por Daniel Link y a la colaboración de varios investigadores y críticos en el rastreo de los textos; un trabajo colectivo que concluye en el volumen *El violento oficio de escribir. Obra Periodística (1953-1977)*.

De este modo, la práctica de escritura que realiza Walsh en estos textos adquieren un nuevo giro de sentido en tanto estos materiales pueden ser comprendidos bajo la noción de *resto* como aquello que sobrevive en el destiempo y opone una resistencia a ser asimilado plenamente dentro de una formalización crítica o dentro de la “obra conocida de un autor”. Jacques Derrida (1995) piensa al trabajo de archivo en vínculo estrecho con la noción de *resto* en la medida en que éste no es “lo que queda de una totalidad” una vez que ésta es desmontada, sino al contrario, lo que imposibilita su cierre y disloca los horizontes que quieren cercar su sentido. En otras palabras, es aquello que se enfrenta a toda fuerza o pensamiento que intente “saldar, soldar o sanar la herida de la existencia misma” (Cragnolini, 2012: 138). La archivación trabaja en torno a ese resto: un vacío que, aunque imposible de ser reparado, es el que da el sentido al propio acto de archivar, porque se archiva siempre contra la amenaza del olvido (Derrida, 1995). Por ello también se halla relacionado con la idea derrideana de “exhumación”⁴ comprendida como rescate y alianza epistemológica con “las herencias perdidas”. La exhumación es una tarea eminentemente política que se presenta como acción de recuperación crítica de “escrituras, géneros, estratos textuales (...) que han sido rechazados, reprimidos, devaluados, disminuidos, deslegitimados, ocultados por cánones hegemónicos” (Derrida, 1989: 821)⁵.

En el marco de la literatura latinoamericana, la práctica de la crónica tiene una

⁴ En su artículo “Archivos de tela, celuloide y papel. Insistencias del arte y de una teoría en (des)construcción” (2010, *Telar* N° 7-8), Analía Gerbaudo analiza en profundidad estas conexiones teóricas entre el archivo, resto y exhumación.

⁵ “exhibiting writings, genres, textual strata [...] that have been repulsed, repressed, devalORIZED, minoritized, delegitimated, occulted by hegemonic canons”.

fuerte vinculación con esta cuestión archivística en la medida en que, por sus características singulares, ha sido generalmente lo relegado, lo dejado afuera, de las políticas de archivación dominantes en la cultura. Su estatus de género “menor”, su remisión asidua por parte de la crítica a la serie no-literaria y no-canónica, con la concomitante desatención que ello le ha acarreado por parte de la institución literaria y su exclusión de la tradición del libro, su fragmentariedad, brevedad y dispersión en revistas y periódicos, su compromiso con los soportes efímeros pertenecientes, en general, a la cultura de masas, son algunos de los rasgos que han contribuido a su no acceso a instancias de conservación o a soportes culturalmente más perdurables que le garantizaran una circulación y diálogo a futuro; esto al menos hasta tiempos cercanos en que la crónica comienza a tener otro valor y así, a reconfigurar su presencia en el campo de la literatura⁶.

En el caso de las crónicas de Walsh, el archivo tiene además una injerencia decisiva en la medida en que rescata materiales olvidados ya no solo debido a cuestiones referidas al funcionamiento de la institución literaria, sino por cuestiones políticas e ideológicas, porque, como señala Casullo (2007), la dictadura torna impensable aquel pasado sesentista, instaurando la lectura hegemónica de la revolución como pasado inerte y bloqueando el diálogo. De este modo, son materiales doblemente ocultados o “anarchivados”, según la expresión de Derrida (1995: 95): tanto por su compromiso con los soportes que siendo efímeros y desvalorizados va en detrimento de su conservación, como también porque se volvieron “ilegibles” a partir del retorno de la democracia: se tornaron “un paisaje de ruinas mudas en la construcción de las actuales retóricas y [por ello] regresan como lo impronunciable: un descampado de signos” (Casullo, 1997, 9).

De esta forma, la re-emergencia de estos textos en tanto resto de escritura constituye un “anacronismo”, siguiendo la propuesta de George Didi-Huberman (2007), en el cual el retorno de un resto excedentario “sobreviene e interrumpe el curso normal de las cosas, de las representaciones, importunando nuestro tiempo presente” (64). Este retorno lacera el tiempo continuo y eucrónico e instaura la coexis-

⁶ He trabajado la hipótesis acerca de la vinculación estrecha entre la crónica y la dinámica de rescate del archivo en el artículo “Una vuelta más a la cuestión ‘periodismo y literatura’. El archivo, la crítica y los restos de la modernización latinoamericana”.

tencia de duraciones heterogéneas, discontinuas, interrumpidas, trayendo “tiempos perdidos” y arrasados por el tráfico progresista del tiempo. La lectura *a destiempo* de estos materiales nos pone en contacto con una potencia de sentidos que deviene de su condición de sobrevivencia a lo que Achille Mbembé (2002) llama el acto de “cronofagia” [chronophagy] del Estado terrorista, su pulsión a devorar todo archivo que, como el de la escritura de Walsh, testimonie sus atrocidades. Para Mbembé el Estado buscaría abolir la fuerza del archivo como forma de anestesiarse el pasado y librarse de las “deudas” que de él emanan (23).

De este modo, la archivación de estos textos constituye un segundo momento de su escritura en la medida en que sus sentidos proliferan hacia otras lecturas a partir del choque temporal que les significa su desclasificación y recobro 40 años después. La ciudad de las crónicas de Walsh se va escribiendo en el desenvolvimiento de dos momentos contrapuntísticos: el primero, el de su escritura original en 1967 en el cual emerge la composición afirmativa de una ciudad revolucionaria futura; el segundo, en el momento de la consignación de estos textos como *corpus* archivístico, en el cual emerge una ciudad como ruina de un futuro que no fue. De este modo, la lectura crítica de las crónicas de Walsh envuelve esos dos momentos en la medida en que impacta en los sentidos que de ellas puedan reconstruirse en tanto la propia escritura de la ciudad no queda cristalizada en su instancia de producción original de 1967, sino que se despliega en el proceso social de producción de memoria que de manera significativa las rescata cuarenta años después.

El punto de vista que nos da la teoría del archivo demanda que la relación entre la escritura de estas crónicas y las lecturas de la ciudad que las mismas producen sea puesta en tensión dentro de una nueva experiencia de lectura que acuse la acción del paso del tiempo para poner en perspectiva histórica restos escriturales que no dejan de abrir y problematizar la memoria cultural. Receptar estas crónicas desde la conciencia de que su posibilidad de lectura actual está dada por una acción archivística de rescate, por una “exhumación” como alianza epistemológica con las “herencias perdidas” (Derrida, 1989) es hacer un lugar para que otros sentidos –incalculados– emerjan. Su archivación reconfigura necesariamente la relación entre el género y la ciudad, poniendo en evidencia que la potencia de la crónica, en su despliegue a destiempo a través del archivo que le es consustancial a su forma de sobrevivencia en la cultura y contra las fuerzas que lo atan al silencio, es

configurar un modo de asir la ciudad a través de una experiencia literaria e historia que trasciende la estricta linealidad de lo narrado.

Disputarle el matadero al pasado

En su crónica “El matadero” Walsh pone en evidencia que, si para la gran ciudad el matadero es un suburbio ignoto, en cambio, para el interior es una puerta obligada de acceso a los negocios. Entre la mutua indiferencia, éste emerge como espacio con carácter propio: el matadero se halla descrito como un espacio en plena transformación y modernización. Si bien pervive todavía en él “una sugestión de pampa en el paisaje chato y gris, salpicado de triperías” (259), revela al mismo tiempo, sin embargo, un ajetreo comercial y bursátil digno de ser comparado con las tareas de las oficinas del centro.

Walsh no se acerca al matadero pensándolo como pieza museística de otro siglo, sino al contrario, comprendiendo profundamente su actualidad y su protagonismo dentro del entramado comercial del país. Por ello, aunque su crónica no acalla “la memoria de las gentes” del lugar (253), la cual retrotrae al lector a episodios del pasado lejano enfundados en cierto halo melancólico (como, por ejemplo, lo que cuenta Malaquías sobre “el viejo Swift” [253]), tampoco paraliza al matadero en un retrato costumbrista dejándolo librado a ese caudal de múltiples remembranzas a través de las cuales el pasado murmura su “aura bravía” (259). Ese caudal, acerca del cual es lícito sospechar que es más prolífico del que Walsh finalmente deja traspasar a su escritura, es refrenado en tanto amenaza clausurar la posibilidad de nuevas lecturas. El cronista, entonces, no borra completamente este lazo que vincula al matadero con el pasado, pero tampoco se deja cautivar por él. De este modo, frustrando toda posibilidad de un relato nostálgico, Walsh afirma que “el resero se salvó” (254), pero no en el monumento de bronce colocado en la Avenida de Los Corrales, tampoco en la moneda de diez pesos que en esos años lo mostraba, sino en el decurso de una escritura que lo atestigua en el aquí y ahora. El cronista invita entonces al lector: “mírelo, si tiene la moneda” (254); el resero no está ahí, en esa estampa fija del pasado, sino que es una fuerza viva. En continuidad con esa vitalidad que lo sustrae del pasado, el objetivo de la crónica será construir un relato que muestre al matadero en su plena y real modernización, la cual

acontece con mayor nitidez desde los años '60 a la par de las transformaciones urbanísticas y la reestructuración económica que vive la ciudad de Buenos Aires a partir de las políticas desarrollistas del '50 (Adrián Gorelik, 1991: 23-24). La modernización del matadero se relata confrontando las lecturas cristalizadas según las cuales en éste se emplazaría la barbarie, la violencia, la tradición, el atraso y, en síntesis, un modelo de país caduco. Desprender al matadero del aura del pasado y así, quebrar las lecturas tradicionales que se han proyectado sobre él, le permite a Walsh argumentar sobre la base de una descripción cuasi-documentada de la realidad (en la medida en que la crónica emplea cifras, estadísticas, documentos fotocopados) acerca de la necesidad de una integración entre el centro y el margen y, con ello, la convergencia de toda la fuerza trabajadora hacia la causa revolucionaria, la cual se halla en el basamento más profundo de estos textos.

Walsh escribe esta crónica luego de su primera experiencia en la Cuba revolucionaria, a la cual viaja en 1961. Un hito en su vida y en su escritura a partir del que, como sostiene Daniel Link (2007) “comienza a pensar en términos de ‘la revolución latinoamericana cuya semilla está en Cuba’” (129). De allí que la composición de su mirada de cronista esté atravesada por estos intereses políticos madurados desde su viaje a Cuba, partiendo, en primer lugar, de la observación crítica del estado de la fuerza productiva y del de los medios de producción. El matadero llama la atención de Walsh en tanto es un espacio ya modernizado, de gran protagonismo económico en el país y que, sin embargo, es rechazado por la ciudad quedando desarticulado.

La crónica se direcciona en contra de la lectura asentada por entonces de que la norma modernizadora estaría dada por el centro, es decir, por el producto (cultural, económico y político) decantado del diálogo directo entre Buenos Aires y las grandes capitales europeas. La forma de expansión de esa modernización seguiría el diseño concéntrico de la ciudad letrada, yendo desde el centro hacia las periferias en un tránsito en el que los signos ordenadores irían perdiendo su eficacia simbólica a medida que se alejan de la “cuadrícula” y se acercan a “la pampa”, para terminar enlodados en esa “charca de sangre” que es el matadero, según la expresión de Juan María Gutiérrez (en Román y Fontana, 2009). De allí que el proyecto urbanístico estructural-funcional de finales de los años '50 tome la forma de una “panamericanización” (Gorelik, 41: 24), es decir, la

planificación de una infraestructura de rutas encargadas de conectar los dos espacios haciendo llegar la modernización gestada en el centro a todos los otros rincones, siendo éstos así anexionados por la fuerza centrípeta de la modernidad de la ciudad desarrollista.

La revolución cubana, como parte-aguas en la historia del pensamiento latinoamericano, trastoca profundamente los cimientos de este programa modernizador (Gorelik, 41: 24), y si bien mantiene la idea de que la articulación entre suburbio y centro es necesaria, la replantea en otros términos: “la narración que venía de la planificación logra mantenerse en esencia: detrás de la sofisticación técnica de la sociología, la propuesta sigue siendo la de una reconciliación [entre ciudad y margen] en tiempo futuro, pero ya no está la técnica en el medio, sino la Revolución” (24). La vía no es ya el desarrollo de infraestructuras, sino la política, y para el caso específico de la crónica de Walsh, la vía será la de una escritura politizada, en consonancia con la que fuera la marca de la época: el desplazamiento de la literatura hacia la política, que Daniel Link (2017) define como “la irrupción de las fuerzas antiestéticas en el arte” (2). El trayecto escritural de Walsh, visto en retrospectiva, constituye el epítome de ese desplazamiento, en el cual, para Link (2016), “lo que se ha desmoronado es la institución literaria (lógica de los géneros, estrategias narrativas, ideologías estéticas, mercado y circulación de los textos)” (6). Walsh vuelve políticos los géneros y las matrices textuales, desplazándose a través de ellos por el espacio en una direccionalidad conectiva y dialógica.

En consecuencia, frente a un modelo de articulación centro/periferia que se apoya en la planificación de un trazado urbanístico que garantizaría la correcta irradiación de la modernización hacia los espacios rezagados –fórmula que, sin embargo, deja intacto el diseño polarizado y de desigual distribución del valor entre los dos espacios, Walsh propone otra forma de articulación en la cual la escritura politizada de la crónica funciona como el instrumento de conexión. A través de ella invierte la dirección, llevando el matadero a la ciudad y a los lectores de una revista típica de oficinistas, porque, contra el sentido dominante, el resero tiene algo que enseñarle al “hombre del centro”, tal como lo denomina Walsh: esto es, tiene para enseñarle “una artesanía del oficio” (258-259) que en su desenvolvimiento diario se complementa sin conflicto con la implementación de la más moderna tecnología de la época. El valor que esto tiene para el cronista, puesto en

evidencia en el ahínco con que lo describe, es que “el resero” preserva una relación más auténtica entre el hombre y su trabajo que la que tendría el “hombre del centro”, teniendo esta lectura un evidente anclaje en la teoría marxista de la alienación. En este sentido, Walsh se detiene a contar en detalle ese arte aunque sin desatender el relato paralelo destinado a dar cuenta de las formas en que éste se vincula con las transformaciones devenidas de la modernización del matadero: la entrada y salida de “camiones” que han suplantado al “viejo ferrocarril” (254), la “radio transmisor-receptor” (255), el “walkie-talkie” (256), “las cotizaciones sincronizadas de los Mercados” (256), “el fragor de la fábrica” (257), la “cinta sinfín que circula a razón de doscientas [reses] por hora” (257): todos éstos fungen de índices de “futuridad”, el tiempo privilegiado en los relatos de una Revolución inminente, sostiene Nicolás Casullo (2007). Es así que la crónica no escatima prodigárselos a ese espacio del matadero sobre el que, por el contrario, siempre ha gravitado la atracción hacia el pasado y la lectura reductiva del “atraso”.

Para dar cuenta de este «artesano del oficio» que el “hombre del centro” debe aprender del hombre del suburbio, Walsh se pasea hablando en distintas instancias con el “matambrero”, el “cuartero”, el “tirador de garra”, el “cogotero”, etc. (258). A través de estos episodios dialógicos la crónica construye una posición crítica frente a una forma indeseada de modernización: aquella “capitalista”, tecnocrática y burocratizada que impregnará las páginas más críticas del pensamiento de izquierda de la época entre los más destacados, Real de Azúa en tanto forma anómala e improcedente para la causa de la Revolución. Por ello, desde los dos espacios en que ambas crónicas construyen la perspectiva ocular y política de la escritura, la primera desde el matadero, donde comienza el ciclo de la carne, y la segunda desde el puerto, donde éste culmina en los barcos que la exportan, Walsh lanza una mirada hacia lo que él refiere como “una desconocida Buenos Aires” (264), es decir, aquella que sólo se ve desde sus bordes. Es “desconocida” particularmente para el lector previsto de estas crónicas al que Walsh se dirige, un lector que siendo consumidor de la revista *Panorama*, se deduce, es transeúnte cotidiano de ese centro visto ahora a lo lejos, del cual solo llegan los manchones desdibujados de sus rascacielos. El cronista imagina que allá, en esa lejanía de edificios y oficinas, toda esa extraordinaria masa de trabajo vivo y pujante a la cual se ha referido con tecnicismos precisos (lo cual evidencia su esfuerzo por comprender la singu-

laridad de ese espacio) *pesaje, subasta, faena, degüello, desollado, limpiado, enganche, despanzada, enfriado, chilled*, queda lamentablemente reducida a meros papeles y a negociados que “se barajan” en “los despachos de los ministros, los escritorios de los gerentes, las asociaciones de productores” (264). La burocratización de la modernización capitalista, cuya sede es el centro ciudadano, amenaza con engullir y neutralizar el poder de la fuerza trabajadora, haciendo sus propios negociados en secreto y manteniendo al trabajador en un suburbio empobrecido.

Un ciudad revolucionaria futura desde la reescritura de *El matadero*

Que Walsh titule su crónica de forma homónima a la obra de Echeverría, sin esquivar la carga que el sintagma comporta sino al contrario, reactivándola, es índice de que el texto se posiciona en un umbral de lecturas posibles sobre ese espacio con las cuales dialogará. En ese umbral se hace presente una tradición literaria específica, referida por Piglia (1993) como “una escena de violencia [...] que ha sido narrada de distinto modo a lo largo de nuestra literatura por lo menos hasta Borges” (3), una escena primera que está “en el origen” (5). Ésta es convocada por Walsh para ser dislocada a través de su puesta en contacto con los sentidos que marcan el tempo cultural de aquel presente sesentista. A través de ello, Walsh reescribe el texto canónico y fundante de la literatura argentina, *El matadero*, procurando desarmar esa matriz de representación vinculada a la dialéctica civilización/barbarie; campo/ciudad; modernización/atraso, para poder imaginar una nueva ciudad en clave revolucionaria.

El matadero, entonces, condensa esa dinámica histórica y tensional entre dos elementos confrontados y signados por una violencia extrema que se erige como mecanismo resolutorio, y asimismo, condensa una forma precisa de representar dicha dinámica, inscribiendo en la construcción de la espacialidad la inherente lectura política, “la fórmula central acuñada por Sarmiento de la lucha entre civilización y barbarie” (3). Por eso, para escribir la ciudad de finales de los ‘60 preparándola para la revolución que vendrá, es preciso un desplazamiento escritural que desmonte la autoridad de los textos del centro, tanto del centro de la ciudad como

los del centro del canon⁷: un entrecruzamiento entre espacio y prácticas literarias propiciado por la fuerza centrípeta de la ciudad letrada. Una vez desmontado, Walsh rearma la relación entre el matadero y la ciudad desde una mirada dislocada en lo que atañe a la construcción del punto de vista (al proyectarla desde el futuro y desde la re-jerarquización del margen) como también en relación a la forma escritural, apropiándose de la crónica periodística.

Por ello, si bien su crónica prosigue el formato ya conocido para el género que es el relato de un viaje de conocimiento que se efectúa desde la ciudad hacia sus zonas más secretas, a Walsh le interesará construir el texto reorganizando esos elementos ya codificados para mantenerlos como garantes de una lectura que capitalice los horizontes de recepción del género, pero a la vez inyectar en y a través de ellos una operación política que podría resumirse en la revaloración de esa otra forma de trabajo que le ofrece el matadero y su presentación al “hombre del centro”, oficinista trabajador de la máquina burocrática, haciéndole ver, como se dijo anteriormente, que el matadero no solo está lejos de la idea tradicional de barbarie y del atraso que se le achaca, sino mucho más modernizado de lo que éste cree. Por ello, para el cronista es posible que “en plena ciudad el asfalto [dé] un hombre de a caballo y otro hombre de cuchillo” (Walsh, 253). En esta breve línea de la crónica, lanzada al comienzo de la misma, se establece el punto de vista crítico que construye Walsh; el de una continuidad natural entre la ciudad y su suburbio sostenida en la mutua imbricación económica posibilitada por la paralela modernización de ambos espacios. La crónica deja planteados así los vasos comunicantes de un necesario encuentro entre las dos ciudades y, más profundamente, de sus fuerzas productivas.

Lo que denuncia Walsh en esta “crónica politizada” es que, contra la ficción que la ciudad moderna se cuenta a sí misma (según la cual sería ella la única artífice de la modernización), en verdad son los trabajadores del suburbio quienes

⁷ Aunque la lectura se efectúa desde la perspectiva de la ciudad letrada, es decir, desde la centralidad de la letra, es necesario advertir que en estrictos términos geográficos *El matadero* no fue escrito precisamente desde el “centro” de la ciudad, sino desde el exilio en Montevideo y que la centralidad canónica que adquirió no podría desvincularse de la instancia de lecturas críticas que sobre él se hicieron.

construyen las bases de su transformación moderna de hecho, en “Las carnes salen del frío” el cronista refiere que lo que allí se celebra es “un acto central en la vida del país” (261). También señala que, no obstante su importancia, estos trabajadores comprometidos con las bases de la cadena productiva, son a la vez sus principales excluidos. Dicha exclusión atañe en primer lugar al aspecto económico (Walsh se referirá varias veces al sueldo magro de los trabajadores), pero, por otro lado, también atañe al plano de lo discursivo al verse entramados en imaginarios de barbarie que perviven. Desactivando esto y colocando, al revés, el signo de la ignorancia del lado que históricamente se arrogó “la civilización”, el cronista alega: “algo ha de haber, algo *que tal vez no entienda del todo* el hombre del centro que, desde Esteban Echeverría para acá, proyectó en el hombre de cuchillo del suburbio prevenciones de violencia y de sangre que se disuelven apenas uno se para a conversar con él” (259)⁸.

Desarmada la escena del unitario a punto de ser violado por la barbarie del matadero, y contra el límite político, espacial y cultural que esta escena impone como norma, la crónica invita al hombre del centro a estrechar lazos con el resero, y para ello la propia estructura narrativa del texto se asume allanando el camino de articulación *por la vía política*, yendo al encuentro, preguntando, conversando y haciendo el esfuerzo de invertir la lógica de la mirada que instaurara la originaria “escena de la violencia”, como la denominó Piglia, (la horrorizada civilización/unitarios/porteños mirando hacia la barbarie/federales/matadero), para ver una “desconocida Buenos Aires” desde una periferia que interpela las ficciones que ella construye de sí misma, y las que construye de *sus otros*. Es allí donde Walsh, asumiendo la voz de esa interpelación, no puede sino desmontar esas *ficciones* desmontando en primera instancia *El matadero* de Echeverría para escribir otro invirtiendo sus signos. Esto da cuenta de que la politización de la escritura y sus géneros no refiere sólo al tratamiento de ciertos temas *per se* “políticos” en la época (el obrero, el compromiso, la lucha, etc.), sino que es político el propio desarmado de la matriz textual, referido por Link como el “desmoronamiento de la institución literaria” (6). Si hay una barbarie, ella está en el corazón de la ciudad y en las relaciones de explotación que ésta teje en torno suyo.

⁸ Énfasis nuestro.

Por ello entre las dos crónicas, “El matadero” y “Las carnes que salen del frío”, Walsh crea una nueva cartografía imaginaria de la ciudad que procura conjurar la acechanza de esa barbarie, la que podemos denominar “ciudad total”, fruto de la convergencia espacial, política y económica entre ésta y el suburbio. Un constructo que no abandona completamente la productividad de sentidos que emergen de la tensión entre civilización/barbarie para resignificarlos dentro del horizonte político revolucionario de los ‘60. En este sentido, la barbarie es desplazada hacia un plano que estaría por encima de ambos espacios y de sus respectivas fuerzas de trabajo, es decir, por encima tanto del “hombre de cuchillo” y del “hombre del centro”: se ubica en el poder financiero, monopólico y burocrático, contra cuya coerción alienante Walsh opone otra forma de pensar la relación hombre-trabajo, emanada de la figura del resero. Pero también en este mismo punto se pone en evidencia que la relación entre el cronista y la escritura del matadero a su vez excede la estricta referencia al meollo económico. Porque es preciso señalar, sin embargo, que la figura de trabajador más acabada para Walsh sin dudas estaba encarnada en el trabajador sindicalizado, con quien entra en contacto tempranamente, como sostiene Eduardo Jozami (2011), sabiendo que “el sindicalismo era la principal –si no la única fuerza con capacidad de oponerse a las políticas antipopulares aplicadas desde la caída de Perón” (201). El matadero, aún con su modernización consignada detalladamente en el texto, está lejos de esa organización sindical que Walsh vería más de cerca un año después de escritas estas crónicas, cuando comience a dirigir el semanario de la CGT de los Argentinos. En este sentido, a pesar del rescate de ciertos valores con que se enfunda el sentido de la escritura, valores referidos a otras formas no alienantes de trabajo, se pone en evidencia que el cronista va hacia el matadero yendo, más bien, hacia una matriz de escritura fundacional que en el origen asienta una forma de representación política de la ciudad que es necesario remover. La operación involucra, entonces, desarticular el mapa literario entrelazado al diseño dicotómico de centro y periferia, realizando la conversión de un texto canónico, núcleo de la literatura nacional, en uno considerado menor en tanto periodístico y sujeto a la contaminación de las contingencias históricas.

Al respecto, en ambas crónicas puede leerse como subtexto una operación de metaforización que queda deliberadamente suspendida. Ésta establece una rela-

ción entre la matanza de las reses y la deglución que el Estado y los poderes en general hacen de las ganancias que da. En la crónica “El Matadero” Walsh apenas enuncia la metáfora para inmediatamente desecharla: “nada se pierde: el frigorífico *devora todo en una fabulosa digestión*. Pero ése es otro mundo y otra historia” (Walsh, 258)⁹, mientras que en “Las carnes que salen del frío” refiere brevemente que los barcos “abren sus entrañas para recibir [la carne] congelada” (264). La “rienda corta” con que la escritura, acaso, se permite una única metáfora, puesta además en suspenso en el marco de un relato para el cual bien podría funcionar como un descompresor de la crudeza de la matanza que lo vertebra, dice más de la relación de Walsh con “la institución literaria” y los regímenes de representación sedimentados, que del “proceso de la carne” en sí mismo. Lo que se reafirma en ese acto de autocensura del vuelo poético que además se registra escriturariamente formando parte del relato mayor, es una posición de no ceder, ni una metáfora, a la ficcionalización del matadero. Porque allí, siguiendo la expresión del propio Walsh, se empezaría a contar *otra historia* distinta de la que se quiere contar, en la que el autor intuye, no tardaría en sobrevenir la alegorización de un espacio y de un conflicto que, al contrario, demanda una estrategia de representación que se sirva del formato periodístico, el cual se reserva para sí las cualidades de masividad, de cierta simpleza, claridad y de urgencia de la escritura.

Pero, entre la primera y la segunda de las crónicas no sólo hay una metáfora que se interrumpe, sino también una profundización del interés por ver y mostrar a la ciudad desde su periferia y desde sus bases productivas. Link señala que Walsh comienza a prestar cada vez más atención al análisis económico (2007: 251), buscando entender los múltiples procesos, naturalizados por la mayoría de los ciudadanos, que están en la base del funcionamiento diario de la ciudad, como por ejemplo, una crónica posterior dedicada a la cuestión de la provisión de energía eléctrica en la ciudad (“La luz nuestra de cada noche”). En “Las carnes que salen del frío” hay una inmersión completa del cronista en aquello que él refiere como “el núcleo de nuestra historia económica; que ha enriquecido a algunos y empobrecido a muchos” (261). De allí que la escritura ceda espacio a la presentación de cifras

⁹ Énfasis nuestro.

y estadísticas que endurecen el relato y lo cierran aún más a las posibilidades ficcionales. Walsh expone aquí el conflicto que se cierne en torno a la exportación de carne argentina haciendo hincapié en el rol que tienen los grandes monopolios comerciales. Por ello, en esta segunda crónica, que puede ser pensada como continuidad o segunda entrega de la primera, iniciada en el matadero, se terminan de delinear las dos figuras centrales a través de las cuales se construyen las coordenadas políticas de la mirada de Walsh: el trabajador y el poder foráneo. Walsh saca a la luz en “Las carnes que salen del frío” los negocios internos que los monopolios de capitales ingleses hacen entre sí por encima de los productores locales, repartiéndose entre ellos el grueso de las ganancias. Este es un relato de codicia que pone nuevamente en contacto a la crónica con Echeverría, cuando en *El matadero* el narrador cuenta que “cierto inglés, de vuelta de *su saladero* vadeaba este pantano a la sazón, paso a paso en un caballo algo arisco, y sin duda *iba tan absorto en sus cálculos* que no oyó el tropel de jinetes” (Echeverría: 21-22)¹⁰. Pero si en Echeverría este poder extranjero pudo quedar fuera de la escena de violencia y del ajuste de cuentas entre la civilización y la barbarie (en tanto el inglés cae de su caballo, se le ríen y se aleja), en la crónica de Walsh no. Por el contrario, el texto “Las carnes salen del frío” se hibrida al extremo para hacer lugar a la denuncia pública dirigida contra ese poder foráneo, habilitando al cronista a injertar en la composición del texto la copia de la nota que elaboraran el 7 de marzo de 1967 los productores locales contra la avanzada de los monopolios ingleses. Walsh fotocopia las tres páginas del documento y lo introduce al mismo nivel que el resto de las fotografías que acompañan la publicación del texto en la revista, asimismo lo transcribe y resume para su mejor legibilidad.

La experiencia que hiciera años antes en Cuba poniendo en marcha la agencia de noticias Prensa Latina junto a Jorge Masetti, reforzará en Walsh su ya profunda conciencia respecto del acceso a información confiable y, en contraparte, la necesidad de sostener un trabajo de contra-información que preserve la verdad de los hechos contra el encubrimiento que efectúa el aparato oficial del Estado. La operación de fotocopiar un documento de lucha obrera e inmiscuirlo entre las páginas de una revista de variedades obedece a esa conciencia. Trasciende así los códigos

¹⁰ Énfasis nuestro.

esencialmente narrativos del género poniendo en escena un *hacer* periodístico que no se limita al *contar* la ciudad sino a inmiscuirse activamente en sus conflictos comprometiendo al lector, al menos, en el plano del saber, del enterarse de lo que ocurre.

En su conjunto, la escritura de Walsh se lee como un progresivo e irrefrenable acercamiento a diferentes formas de la acción. Estas crónicas ponen en escena dicho desplazamiento, y revelan así, capitalizando su estatus de “género menor”, la potencia de intervención social que Walter Benjamin ([1928] 1987) les había reservado en particular a estas escrituras que denomina “modestas formas” y a las cuales atribuye un alto valor en los momentos en que la Historia se crispa de violencia. Para Benjamin:

La eficacia literaria sólo puede surgir del riguroso intercambio entre acción y escritura; ha de plasmar, a través de octavillas, folletos, artículos de revista y carteles publicitarios, las modestas formas que se corresponden mejor con su influencia en el seno de las comunidades activas que el pretencioso gesto universal del libro. Sólo este lenguaje rápido y directo revela una eficacia operativa adecuada al momento actual (15).

Archivar restos; escribir otra ciudad

Se ha referido al comienzo que estas dos crónicas de Walsh, como así también otras producciones periodísticas dispersas del escritor, fueron recuperadas en años recientes, más precisamente en 2007, a través de un arduo trabajo de archivo que las dispuso a una “domiciliación” pública (Derrida, 1995) que antes le fuera retaceada. Cuarenta años después, estos materiales exhiben su condición de resto que opone resistencia a la lógica de lo que podría referirse como la “vida útil de las cosas” marcada por el ritmo de la *producción* y el *consumo* plenos, sin desperdicios. Por ello, tomando la expresión de Federico Galende (1995), “susurran las conciencias que se rehúsan a ser deportadas a un mundo sin legados, o a cumplir su misión entre las toscas redes de las regularidades sociales” (24). De este modo, su rescate del olvido y su disposición para el uso público abre los textos a nuevos sentidos en tanto invita a leerlos partir de nuevas coordenadas temporales, dando cuenta de la potencia de interpelación que éstos trasiegan hacia nuestro presente en tanto arros-

tran su condición de haber sobrevivido a la *cronofagia* (Mbembe, 2002) archivística del Estado.

Beatriz Sarlo (1997) distingue entre los que denomina textos que “se han escrito *con lo que se ha aprendido* en las dos décadas que nos separan de 1973” (18), y los textos cuyo relato no difiere del momento en que sucedieron. Acuña así una expresión que logra captar la profunda distancia temporal y experiencial, que también atañe a un sentido hermenéutico, con que la lectura de las crónicas de Walsh, y la mirada que sobre la ciudad construyera en ellas, desafían al lector actual. Podemos decir entonces que las dos crónicas de Walsh se escriben y publican *sin tal saber* (en 1967), pero son acogidos en un tiempo posterior (2007) de (re)conocimiento *de lo que pasó* efectivamente entre 1967 y 2007, el cual solo se estableció verdaderamente como posibilidad con la vuelta de la democracia. Entre la escritura de estas crónicas y su actual recepción posibilitada a través de su consignación archivística, la dictadura de 1976 se emplaza como acontecimiento que resemantiza en sus más profundos sustratos las nociones de civilización y barbarie, como así también los lenguajes con los cuales asirlas. De allí que su retorno, desajustado del presente en que rige un *ya saber qué vino después* de 1967 no pueda sino desatar la energía perturbadora e interpelante que estas dos crónicas comportan en tanto se reactiva la ominosidad de ese matadero que Walsh buscó en principio aplacar al traducirlo a un esquema de acción revolucionaria. Lo que se observa en su posterior consignación archivística es que el matadero re-emerge como signo político y estético vacío y así, proliferante, presto a reactualizarse de maneras distintas en las reverberaciones de la violencia de la historia argentina.

En este sentido, ambas crónicas cobran una nueva significación a partir del protagonismo que adquiere lo que en ellas estaba latente y subsumido dentro del relato del matadero que abogaba por presentarlo como espacio pujante en conexión con la vida. Lo que sin embargo restaba como latencia es un relato *otro* en el que el cronista no deja de registrar la intuición de una fuerza de muerte. Ésta no puede ser conjurada siquiera a través de la re-escritura profana de la matanza del animal, vinculada estrictamente por el cronista al mundo prosaico del trabajo. Dicho relato solo se activa a través del accionar de un destiempo que las dispone a un diálogo divergente con respecto a aquel presupuesto en sus condiciones originales de escritura. De este modo, en su instancia de recuperación archivística se redimensionan

como huellas de una ciudad-ruina arrasada por la muerte, la cual estaba siendo escrita en la misma crónica a la par del relato de aquella “ciudad total” y reconciliada en sus dicotomías imaginada por Walsh.

Como fue señalado, en “El matadero” Walsh afirma que “el resero se salvó” (254), y aunque llamativamente no dice de qué, se puede deducir por lo que se viene narrando en el contexto en que se inserta esa frase, que se salvó de la Historia y de la trama de violencia y muerte que acecha a ese espacio periférico en tanto es consustancial a una forma de hacer política. La modalidad misma con la cual emerge esta frase, sin tener un referente preciso sino más bien sugiriendo lecturas divergentes, pone de relieve que el sustrato de estas crónicas se halla atravesado por una inquietud acerca de la muerte que no llega a decantar explícitamente. Con un estilo de “salpicado”, las alusiones a la cuestión de la muerte que gravita en el imaginario de ciudad se van dosificando de manera que nunca restan protagonismo a la cuestión principal del texto: el trabajador y la conexión centro-periferia. Es decir, no hay un pensamiento plenamente articulado y sostenido respecto a esa acechanza mortal, sino que son más bien entradas breves o comentarios que quedan suspendidos. Y si bien hoy el archivo nos invita a leerlas de otra forma, es preciso no olvidar que muy probablemente el lector de la época las leyó como referencia tal vez obligada, tratándose de un relato sobre el matadero. Esa recepción está a su vez en concordancia con la forma en la que el propio Walsh las inscribe en el texto, podemos decir, a la manera de consignar ciertos hechos cuyo conocimiento se presupone compartido. Esta doble y simultánea modalidad de referencia a la muerte, siendo parte tanto de un régimen de escritura más prosaico (el que dialoga con la recepción original de la crónica), como de un régimen de escritura que, al contrario, se entrelaza a lo indecible del discurso (e interpela nuestro presente desde la instancia de su archivación), se pone de relieve a partir del último subtítulo de la crónica “El matadero”, el cual reza “fechas y cifras”. En este último apartado, Walsh da paso a una narración de estilo netamente técnico sobre la cuestión de la carne, ofreciendo, como ya lo adelanta su subtítulo, lo que suelen llamarse “datos fríos”. El cronista enumera a lo largo de una página completa una gran cantidad de cifras que atañen a los números de la exportación, la cantidad de camiones que entran y salen diariamente, la cantidad de barcos, la cantidad de empleados, los porcentajes de consumo de carnes en las ciudades, el porcentaje de

matanzas anuales; asimismo, los porcentajes de faena correspondientes a bovinos y los correspondientes a porcinos, la cantidad de hectáreas que ocupa el matadero, las fechas de su construcción, las fechas de su remodelación y reubicación. En el marco de este vértigo enumerativo el cronista también consigna “los muertos del matadero”, a la manera, como se ha dicho, de una referencia a datos ya sabidos. Siguiendo esta línea, la crónica “Las carnes que salen del frío” también sugiere que la cuestión de la carne “ha provocado más de un muerto (sin hablar de Bordabehere)” (261). Bordabehere¹¹, de quien precisamente no se habla, quedando excluido del ejercicio de transcripción del mundo del matadero al mundo de los números, constituye el muerto singularizado, y así, una excedencia de sentido para el texto en tanto su asesinato está cargado de un trasfondo de ominosidad y espanto que la crónica necesita aplacar para poder construir, contra el pasado y contra la acechanza de la muerte, otra trama narrativa en vínculo con el proyecto revolucionario. La condición espectral de esta muerte siendo mencionada para, inmediatamente, aquietar su presencia con el silencio la remite al orden de aquello que quedando irresuelto prolifera hasta conectarse, dentro del tiempo del *ya saber lo que pasó*, con la otra figura trágica que se escribe en esta crónica: la del sujeto que investiga, denuncia y es ajusticiado por el propio Estado corrupto y terrorista. La relación entre la escritura de Walsh y lo premonitorio está en la base de la tesis de David Viñas (2000), para quien el escritor “en 1956 sospechaba que las ejecuciones ordenadas por Aramburu y Rojas querían eliminar al ‘subversivo esencial’. Su *Carta abierta* a Videla del ‘77 no hace más que perfeccionar esa intuición” (19).

Siguiendo esta clave de una escritura anticipatoria que decanta de forma más nítida en su posterior archivación, en párrafo después de que escribiera “el resero se salvó”, Walsh vuelve a la misma idea para ponerla en tensión: “se salvó, aunque a medias” (254). Así, la posibilidad de la muerte relativiza la expresión afirmativa y genera un desplazamiento contra-tonal hacia adentro de un texto que, como se ha observado, está impulsado por el apremio de allanar el camino hacia un tiempo de emancipación por venir. Esta referencia abre una distancia, un recelo, con res-

¹¹ Asesinado con tres disparos durante la sesión de la Cámara de Senadores en 1935, mientras se debatía el tratado Roca-Runciman y Lisandro de la Torre exponía los resultados de sus investigaciones en torno a este negocio.

pecto a la energía resolutive y proyectiva propia del programa revolucionario que domina al texto. Si algo pervive del pasado es esa tradición de muerte que, tal como lo son las propias referencias a ella en el texto, es intermitente en la Historia pero a la vez, omnipresente. Walsh hablará de “los que murieron de mala muerte” (259) en el matadero; para el cronista la trama de poder y delito que se gesta en torno al negocio de la carne, carga “con más de un muerto [...] y más de una guerra” (262), y a pesar de que dé los nombres concretos de esos muertos –aunque en función, como vimos, de un entramado de cifras y fechas, lo que se impone es el tono indefinido y abierto de la expresión que señala que se trata de una muerte pasible de alcanzar a muchos otros.

En su seno, las crónicas se hallan atravesadas por dos temporalidades escriturales contrapuestas: una, la que lanza a la ciudad al diálogo con el futuro promisorio, la otra, la que desde lo no dicho reactualiza en esa ciudad (en su proyecto de construcción a través de una escritura politizada) la escena originaria de violencia que cuestiona el fundamento sobre el que se apoya el proyecto revolucionario de los ‘60 y ‘70: la relación directa entre eficacia estética y eficacia política. Esa violencia es para la eficacia política a la que apunta la crónica un resto inasimilable, la presencia afantasmada de Bordabehere, en la medida en que resulta “contraclimática” (Mario Cámara, 2017:4), es decir, no se ajusta a las premisas emancipatorias hegemónicas (4) y, así, como un elemento anacrónico, quiebra “el curso normal de una representación” (Didi-Huberman, 2007), en este caso, la de la ciudad que estaría a las puertas de la transformación revolucionaria, para revelar el relato de una ciudad que estaba a las puertas de la catástrofe.

Por ello Walsh puede ser ubicado, no solo como el cronista en el umbral de dos ciudades (entre la del suburbio y la del centro, entre la ciudad que le es contemporánea y la que traería la revolución), sino también como cronista en el umbral de dos tiempos; entre el tiempo del dar batalla y el del caminar entre ruinas.

Con respecto al primero, su crónica toma las energías escriturales de una construcción del tiempo del relato en el que todo está por hacerse, deviniendo esa misma escritura en su instrumento idóneo. En consecuencia, frente al resero que «se salvó a medias» la crónica es una forma de reincorporarlo definitivamente al régimen de lo vivo. Escribir es una forma de lucha que confronta a los poderes que

buscan aislarlo y barbarizarlo para así poder explotarlo. Es en ese sentido que Walsh se posiciona en una temporalidad de “dar batalla” vinculándose explícitamente con una investigación que le antecede; la que hiciera Lisandro de la Torre a principios del ‘30 en torno al tratado Roca-Runciman, referida por el cronista como “una gran *batalla que iba a perder y ganar aunque no esté terminada de ganar*” (254)¹². En el umbral temporal en que escribe y vive Walsh, no hay victorias netas, sólo una *lucha que no está terminada de ganar* a la cual Walsh eslabona su escritura. Por ello, también se ubica en el umbral temporal de lo que está *ya perdido*, porque la muerte lo deglute, lo tracciona hacia sus entrañas: imágenes éstas que la metaforización suspendida inscribe en la crónica y que se resignifican en el archivo, poniendo en evidencia *ahora* lo que buscó ser solapado *entonces*, esto es: la presencia de una máquina de muerte más grande que la máquina de muerte del matadero, cuya irreductibilidad no solo hace peligrar la ciudad que imagina Walsh como escenario de emancipación social, sino que suprimirá la propia práctica de su escritura.

Abrevando de la clave de lectura de Viñas, podemos observar que la inquietud que genera en el relato la presencia premonitoria del tiempo de la muerte, de la pérdida y la derrota, incrusta en el seno de un texto de futuridad, la escritura de su ruina como signo de lo que está *ya perdido* o *ganado a medias*. En este sentido, la crónica de la ciudad convoca indefectiblemente lo no-discursivo del terror, allí donde la barbarie que Walsh había recolocado en el centro financiero de la modernización capitalista para excusársela al matadero, sobreviene unos pocos años después, como pudo entreverlo, en la alianza entre este mismo poder económico y un Estado terrorista. Su *Carta abierta de un escritor a la Junta Militar* ([1977] 2012) se cierra con una referencia al “espectáculo de la Bolsa de Comercio donde en una semana ha sido posible para algunos ganar sin trabajar” (235), en consecuencia de lo cual para el escritor “basta andar unas horas por el Gran Buenos Aires para comprobar la rapidez con que semejante política la convierte en una villa miseria de diez millones de habitantes” (233). La ciudad imaginada como instancia de integración y conformación de gran frente laboral se derrumba a medida que Walsh escribe la carta, con la certeza de que ésta será receptada por la barbarie misma personificada en la Junta Militar que “administra” la muerte como “tortura absoluta, intempe-

¹² Énfasis nuestro.

ral, metafísica” y “machaca la sustancia humana hasta quebrarla” (227). La muerte será “la última victoria sobre la barbarie”, afirma en “Carta a mis amigos” (1977), y de este modo el matadero, vuelto nuevamente signo vacío, impone su relato de violencia primigenia.

Derrida sostiene que “si queremos saber lo que el archivo *habrá querido decir*, no lo sabremos más que en el tiempo por venir” (1995:44), porque el archivo se vincula a una “mesianicidad espectral” y con “una experiencia muy singular de la promesa” (44). Por ello, el *disponerse* de forma archivística de estas dos crónicas abordadas, balancea también a quienes son sus receptores actuales entre los dos tiempos de una escritura que va desplegando sus sentidos de un modo no ajeno a la forma en que la propia irrupción de la violencia en esa ciudad que se buscó retratar trastoca los circuitos medianamente preestablecidos de su escritura y lectura. Esa irrupción toca de cerca a los textos y a su disponibilidad material (o no) para domiciliarse públicamente. En ese marco, éstos se verán expuestos al silencio, al olvido o a la tachadura, y por ello, su recepción también demanda habitar el umbral de tiempos múltiples en el cual, mientras algunos sentidos son dejados en la latencia, otros son des-cubiertos. Allí, el “riguroso intercambio entre acción y escritura” (Walter Benjamin: 15) de la crónica, el cual le permitía a Walsh salir permanentemente del plano de la página para ir hacia un *hacer* que fue trágicamente interrumpido se reconfigura en el destiempo de su recepción como una nueva acción escritural vinculada a la reactivación del legado de ese resto que se presenta como “el único tesoro gracias a cuyo anacronismo todo tiempo podrá ser *otro* tiempo” (Galende, 1995: 24). En la cesura que se abre entre la ruina del pasado y la *promesa* del archivo (Derrida, 1995), la ciudad que se escribe ya no es ni la del ‘67, ni la imaginada por Walsh para un futuro próximo, tampoco se corresponde con una ciudad actual: sin tener una cartografía precisa, es una ciudad que como ruina de un futuro clausurado trágicamente, se construye ya no abrevando de la información que pudiera ser arrebatada al aparato encubridor del Estado, transcripta en cifras y números, y denunciada en un texto, sino en las huellas que la experiencia de esa realidad brutal deja en sus restos reensamblados. Su archivación es ya la posibilidad de una experiencia otra de la ciudad porque “no se vive de la misma manera lo que ya no se archiva de la misma manera” (Derrida, 26). El archivo es una nueva torsión de re-escritura efectuada sobre la re-escritura de Walsh, la cual re-ensambla otra ciudad posible desde la reactivación de sus herencias perdidas y recuperadas.

Bibliografía

- Aguilar, Gonzalo (2000): “Rodolfo Walsh: escritura y Estado”. En Jorge Lafforge y Eduardo Galeano *Textos de y sobre Rodolfo Walsh*. Buenos Aires: Alianza... 61-72.
- Benjamin, Walter (1987): *Dirección única*. Madrid: Taurus/ Alfaguara. [1928].
- Bernabé, Mónica (2010): “Sobre márgenes, crónica y mercancía”. En *Boletín* N° 15. Centro de estudios críticos de teoría y crítica literaria. 65-80.
- Casullo, Nicolás (2007): *Las cuestiones*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Cragolini, Mónica (2012): *Derrida, un pensador del resto*. Buenos Aires: Ediciones La Cebra.
- De Diego, José Luis (2007): *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo? Intelectuales y escritores en Argentina (1970-1986)*. La Plata: Ediciones Al Margen.
- Derrida, Jacques (1989): “Biodegradables: Seven Diary Fragments”. *Critical Inquiry* N° 4. 812-873.
- Derrida, Jacques (1997): *Mal de archivo. Una impresión freudiana*. Valladolid: Editorial Trotta. [1995].
- Didi-Huberman, G. (2006): *Ante el tiempo. Historia del arte y anacronismo de las imágenes*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- Cámara, Mario (2017): “Restos épicos. Relatos e imágenes en el cambio de época” *Revista Transas*. En línea <http://www.revistatransas.com/2017/03/16/restos-epicos-relatos-e-imagenes-en-el-cambio-de-epoca/>
- Echeverría, Esteban (1963): *El matadero*. Buenos Aires: Kapeluz.
- Fontana, Patricio y Román, Claudia (2009): “De paseo a la muerte. Imágenes del matadero en los viajeros al Plata y sus reescrituras en la literatura argentina”. Actas del *Coloquio Montevideana VI. Los viajeros y el Plata. Un siglo de escritura*.
- Galende, Federico (1995): “La insurrección de las sobras”. *Revista de Crítica Cultural*. N° 10. 24-25.
- González, Horacio (2013): *Historia conjetural del periodismo*. Buenos Aires: Colihue.
- Gorelik, Adrián (1991): “Miradas sobre Buenos Aires: itinerarios”. *Punto de vista* N° 41. 21-29.
- Jozami, Eduardo (2011): *Rodolfo Walsh. La palabra y la acción*. Buenos Aires: Norma.
- Link, Daniel (2012): Prólogos y notas introductorias (sin titulación) a los textos periodísticos de Walsh en *El violento oficio de escribir*. [2007]
- (2007): “Nuestros años setenta: la politización del arte y el big bang cultural”. En línea https://www.academia.edu/29125612/Nuestros_a%C3%B1os_setenta_la_politizaci%C3%B3n_del_arte_y_el_big_bang_cultural
- Luppi, Juan Pablo (2016): “El novelazo diferido de Rodolfo Walsh”. *Cuadernos LIRICO*. N° 15.

- Piglia, Ricardo (1993): "Una historia de la violencia argentina a través de la ficción". En *La argentina en pedazos*. Buenos Aires: Ediciones La Urraca.
- Rama, Ángel (1976): "Rodolfo Walsh: el conflicto de culturas en la Argentina". *Escritura I*. 279-301.
- (2004): *La Ciudad Letrada*. Santiago de Chile: Tajamar Ediciones. [1984].
- Sarlo, Beatriz (1997): "Cuando la política era joven". *Punto de vista* N° 58. 15-19.
- Viñas, David (2000): "Rodolfo Walsh: el ajedrez y la guerra". Páginas 17-21. En Jorge Lafforge y Eduardo Galeano: *Textos de y sobre Rodolfo Walsh*. Buenos Aires: Alianza.
- Walsh, Rodolfo (D. Link comp.) (2007): *El violento oficio de escribir. Obra periodística (1953-1977)*. Buenos Aires: Ediciones La Flor.
- (2012): *Operación masacre*. Buenos Aires: Ediciones La Flor. [1957].
- (2012): "Carta abierta de un escritor a la Junta Militar". En *Operación masacre*. Buenos Aires: Ediciones La Flor. [1977] 225-236.
- (1977): "Carta a mis amigos". En línea <http://www.fcpolit.unr.edu.ar/programa/2008/06/01/carta-a-mis-amigos-rodolfo-walsh/>